

Jorge Monteleone (selección y prólogo), 200 años de poesía argentina Buenos Aires, Alfaguara, 2010, 1008 páginas.

El trabajo que se ha impuesto Jorge Monteleone en esta ocasión, una antología de la poesía argentina con ocasión del Bicentenario, ha sido un trabajo riesgoso. Esos riesgos que asume todo antólogo, como lector, como crítico literario, como lector perteneciente a un determinado contexto histórico y social, Monteleone no sólo los conoce y los asume, incluso podría decirse en algún caso que los rodea, no los sortea, con elegancia, sino que además se explaya sobre ellos en un prólogo cuya lectura resulta de fundamental importancia. A partir de allí, el antólogo no sólo expone sus dificultades, sino que, lejos de querer justificar sus elecciones, da cuenta, con una lucidez teórica notable que no lo vuelve sin embargo ilegible para el público en general al que el libro está dedicado, de las posibilidades de lectura que el libro en tanto tal abre y cierra a la vez.

Generoso, sutil, propone varias líneas de lectura. Porque Monteleone, lector de poesía, sabe que este libro, que no es una *summa* ni una totalidad aunque pueda hacerse pasar por ellas, es un libro de poemas, y que su provecho, más allá del hito histórico que sin duda constituye y es digno de celebrarse (desde el Himno Nacional Argentino a textos escritos por poetas contemporáneos) estará para el lector en la delectación, la curiosidad, el empeño, la atención o la distracción con la que se detenga o con la cual circule por él. Por eso los recorridos: formas de circular por el libro, de abrirlo, cerrarlo, para leer en una *summa* que no es tal, una historia de la literatura argentina que no es más que una multiplicidad de fragmentos.

No es que Monteleone niegue las genealogías, las construye; ni mucho menos que se desentienda de una de las características fundamentales del género, su continua autorreferencialidad, el hecho indiscutible de que un poeta es un escritor pero sobre todo un lector de poesía y que ése es su contexto general, aún en los casos más extremos de la poesía política, sino que lo subraya, hasta el punto de reconocer el entronque de la poesía argentina con dos cuestiones fundamentales: en su nacimiento, con la constitución de la nación, en su desarrollo, como toda poesía, con la canción, lo que lo lleva a incluir a ocho poetas del tango y otros del folklore. La antología en tanto tal resulta completa, uno estaría tentado a decir, imprescindible incluso, porque su lectura permite acceder a un panorama vasto y complejo de la poesía argentina otorgado por un lector avezado y erudito, y porque la elección de los poemas resulta sumamente acertada, no porque están elegidos por la repercusión que han tenido en la crítica y en la lectura, sino también porque son coherentes con los recorridos que el antólogo propone.

Si alguna de estas líneas o recorridos remite por momentos los poemas, la ideología sobre el poeta y la poesía, a los momentos de emergencia de la literatura en tanto tal en un marco histórico general, estético y político, como si sólo los datos del contexto dijieran algo valioso acerca de la posición de los poetas o del sentido de los poemas, Monteleone no deja de poner en claro cada vez que ese sentido contextual e ideológico no logra saturar lo que puede ser dicho sobre los poemas. Todo lo más, los sutura. Y en su rendido homenaje a la poesía, deja leer otras posibilidades poéticas y críticas.

Si la antología como género discursivo puede hacer creer por un momento que la poesía puede devenir *demodée*, lo que quiere decir que habría que leerla siempre en relación con su contexto estético, ideológico y político, para que continúe diciendo algo, para que algo diga, bajo peligro de, en caso contrario, cooptarla a convertirse en una rama esotérica, mistificada, de los juegos de lenguaje, Monteleone salva con su pensamiento teórico y su escritura crítica ese obstáculo de una manera no banal. Por eso construye legibilidades, a sabiendas de que lo que logre será siempre una empresa fallida de antemano en la medida en que no va a poder apresar jamás a ese, el más huidizo entre todos los animales, el erizo, el poema. Porque en efecto, ¿cómo hablar de poesía? Como bien lo dijera Derrida: dando muerte a lo poético.

Paul Valéry, quien no fue sólo un destacado poeta francés, sino también un teórico lúcido de la poesía, escribió en sus tiempos: “por más que contemos los pasos de la diosa y anotemos su frecuencia y longitud media, no deduciremos el secreto de su gracia instantánea” (*Varietés III*). Derrida se pregunta “¿Qué cosa es la poesía?” (*Xul*, nº 11, septiembre de 1995). Si la poesía es aquello que se manifiesta cuando se la repite de memoria/con el corazón (*par coeur*) porque se realiza en su ritmo, cuando se pregunta qué es la poesía, llora la desaparición del poema, otra catástrofe. Al anunciar eso que es tal como es, una pregunta saluda el “nacimiento de la prosa”, entonces la poesía es aquello de lo que no se puede hablar sin destruirlo, volviéndose este habla en torno a la poesía, además de destructivo, superfluo. A menos que se lea desde otro lado, o se le asigne a este discurso sobre el discurso otra función o, para decirlo mejor, otra modalidad, otro género en los bordes de la ley del género, es decir a partir de la



práctica de una asunción, deliberada o no, pero en todo caso manifiesta, de una voz menor, de una poética menor.

En cada caso, una invitación al juego, a un más acá de las palabras, en que el ritmo vital, ritmo del cuerpo, que acunara como presemiótico la existencia primera, se transforma en el ritmo de la respiración (el ritmo) en el poema, en los que destaca, el detalle mínimo que se agranda hasta ocupar todo el cuadro, o el ritornelo o estribillo que se vuelve casi un ritornelo existencial, es decir, basta con que no se olvide que el poema es, ante todo, ritmo.

Monteleone ha hecho sus elecciones, con un trabajo inmenso y amoroso, que podrán ser refrendadas o criticadas. No es eso lo importante. Lo fundamental es la agudeza con que capta e inventa al mismo tiempo ese todo imposible: la poesía argentina. Voz que habla en el desierto, voz que clama sin poder obturar ese vacío, merodeo de voces por momentos, movimientos, modos de ser, ofrece recorridos múltiples: desde la lectura política, insoslayable y tal vez la más refrendada por la crítica académica, a los matices del yo, desde la fuerza autobiográfica hasta su disolución, sin olvidar las particularidades de la oralidad, marca única del habla en la lengua, de la vida y lo vivido en lo escrito, incluso de, como lo dice Meschonnic, de lo político en la lengua, de nuevas voces y decires en la aparición y hasta se diría la centralidad de la poesía escrita por mujeres en los últimos años, sin olvidar que, en cada caso, el poema es único, y que su sentido, su destino, se teje en la urdimbre del trabajo y del azar.

Trabajador incansable, que entrega un libro de mil páginas, invita, con un gesto retórico que hace pensar en una cordial sonrisa, a abrir el libro al azar, a dejarse llevar en la lectura, por los poemas breves, o por los largos, o por los que subrayan el yo, o por los que hablan del paisaje natural, o los que pintan la ciudad, o por cualquier otro. Invita al lector a arriesgarse a su propia diversidad, a construir, dentro de esta antología, su propia antología, para encontrarnos, para invitar al encuentro, no con el monumento, no con el canon escrito en el mármol que juzga, que sanciona lo que debe o no ser leído, sino con los nombres que, escritos en el agua, reverberan con sus luces, sus arcos, sus vaivenes, en la poesía para cada quien, en el uno a uno del lector y del poema, en un gesto magistral, amoroso y fraternal: de lector a lector, la felicidad efímera del lenguaje que puede anidar en un poema y que brilla en la poesía argentina y reverbera en este libro con todo su fulgor.

Para tener en la biblioteca, no, para tener en la mesa de luz y espiarlo un poco cada noche.

Anahí Mallol